

# El conflicto de Irak tensa las relaciones transatlánticas

**Darío Valcárcel**

Director

Revista *Política Exterior*, Madrid

La invasión de Irak por las tropas de Estados Unidos en marzo de 2003 ha abierto una gran crisis en la Alianza Atlántica. El primer antecedente de esta operación militar está, claro es, en los atentados del 11 de septiembre de 2001. Se ha escrito casi todo sobre ellos pero no se ha explicado lo bastante hasta qué punto cree la administración Bush que los atentados han influido en el americano medio.

Ello no impide que haya una gran oscuridad en la decisión de Bush de atacar a Irak. La invasión de Afganistán, poco tiempo después de los atentados, estaba justificada. Pero el ataque a Irak no se ha explicado. Irak es un país – por ahora– sin armas de destrucción masiva y sin relación demostrada con las redes de Al-Qaeda.

Se ha escrito (William Pfaff, *International Herald Tribune*, 11-8-2003; Geoffrey Sachs, *Financial Times*, 13-8-2003; Michael Meacher, *The Independent*, 6-9-2003) que existían otras razones, no públicas, para invadir Irak: la necesidad, en primer lugar, de variar el emplazamiento de las tropas americanas acuarteladas en Arabia Saudí desde 1991. Riad había reiterado a Washington la necesidad de abandonar su territorio. Razones de orden religioso y político prestaban base, no infundada, a la petición de los dirigentes saudíes. Pero había además relaciones reservadas de personas o entidades privadas, próximas a la administración Bush.

Estados Unidos necesitaba mantener sus tropas en el área del golfo Pérsico. Algunos *think tanks* neoconser-

vadores aconsejaron a Bush la invasión de Irak. Invadir era dar una firme respuesta a los atentados, mientras se tomaban posiciones en Oriente Medio: posiciones que aseguraban el control de un país, segundo o tercer productor mundial de petróleo. Se terminaba, además, una operación inacabada, comenzada por Bush padre en 1991. La posibilidad de George W. de enmendar la plana a su padre era quizá una tentación demasiado fuerte. Aunque Bush jr. no sería nada en su país sin el árbol genealógico –un caso clásico de quien tiene vida política gracias a su progenitor–, las pulsiones instintivas que ese sentimiento produce en los herederos han sido analizadas durante cien años, desde los estudios psiquiátricos editados en Viena a principios del siglo XX.

Pero hay otras razones para la invasión. Aludiremos a tres: la demanda del llamado «americano medio», que reclamaba una respuesta a los atentados del 11-S. Bush decide ofrecerle esa respuesta con la invasión de Irak, y las elecciones de noviembre 2004 dirán si ha acertado o ha errado. La necesidad de una confrontación bélica, siempre reclamada por las grandes compañías proveedoras del Pentágono (no hay modo, si no, de saber la eficacia de las tecnologías, únicamente puestas a prueba bajo fuego real). Y, por último, las insistentes peticiones de las compañías petroleras y asociadas, difícilmente rechazables para Bush jr.

No es imposible que Estados Unidos siga adelante en su rectificación. Hay una señal clara en el cambio de Bush, que de nuevo vuelve a las Naciones Unidas. El 16 de octubre de 2003 se aprobaba por unanimidad la resolución 1511.

Todo este conjunto de riesgos y contradicciones han abierto una brecha en las relaciones euroamericanas. Una parte considerable de la Europa en formación se ha distanciado de Estados Unidos. Las tendencias neoconservadoras de Washington han producido un rechazo creciente en varios Gobiernos europeos, no sólo en Francia y Alemania.

No puede olvidarse sin embargo la relación profunda, permanente, sólidamente establecida entre la sociedad de Estados Unidos y los europeos. Los intercambios comerciales en uno y otro sentido superan los 330.000 millones de dólares año; las inversiones mutuas van más allá de los 500.000 millones. Son cifras gigantescas que no tienen comparación con ninguna otra región del mundo (el comercio entre EE UU y China no llega a la doceava parte, mientras que las inversiones americanas y chinas en Estados Unidos y en la República Popular son 19 veces inferiores).

La fuerza de las sociedades se hace patente a través de esas relaciones diarias, silenciosas, difíciles de cambiar: su peso es muy superior al de los comunicados de los Gobiernos. Y éste es también un resultado de la globalización que los Gobiernos se ven forzados a respetar. La nave espacial Tierra, para decirlo con la imagen de Edgar Morin, se unifica más allá de las decisiones de los aparentemente poderosos pero pasajeros gobernantes. Y, sin embargo, decisiones como la de Irak dejan una larga estela. Por lo pronto, la brecha entre europeos y americanos se ha ensanchado. Al tener una conciencia más clara de su pasado, los europeos en general son más humildes: nos referimos sobre todo a los centro-

Europeos, al Holocausto. La tentación de la fuerza puede ser invencible cuando se es tan fuerte como América y cuando muchos americanos mantienen esa peculiar moral de frontera que sorprende a tantos europeos. Pero la tentación de la fuerza es a veces engañosa, como hemos visto a lo largo de estos meses en Irak.

Posiblemente la posición de Francia y Alemania va a prevalecer entre los europeos. El Reino Unido ha hecho una aproximación clara al eje franco-alemán tras la visita del primer ministro, Tony Blair, a sus colegas francés y alemán (Berlín, septiembre 2003). Entre tanto Italia muestra una especie de neutralidad para ocultar su titubeante *bushismo* de marzo. Una combinación de azar y necesidad ha hecho que el borrador de Constitución Europea comience a debatirse precisamente en otoño de 2003, coincidiendo con la crisis que ha seguido a la invasión de Irak.

El borrador de Constitución Europea, cuyo principal redactor es el presidente de la Convención, Valéry Giscard d'Estaing, es un buen texto: claro, breve, terminante. En él se recogen criterios de las distintas tendencias. Si el proyecto sale adelante, será un paso muy relevante en la construcción de Europa.

Pero éstas son escaramuzas en la superficie. El río profundo de la historia lleva sus aguas por otros cursos. Lo que determinará los primeros cincuenta años del siglo serán otros factores:

- Estados Unidos ha de decidir entre una dirección más centrista o una línea de derecha dura, inimaginable en el largo plazo. Los presidentes americanos, desde Franklin Roosevelt hasta Bill Clinton, han tenido,

con pocas excepciones, gran calidad. Quizá sea George W. Bush el presidente más cuestionado desde Herbert Hoover en 1930. Pero el sistema de los Padres Fundadores tiende a rectificar. Salvo que la influencia del dinero opaco en la maquinaria política haya hecho tanta mella en el sabio mecanismo que deje sentir su peso en la próxima elección. Ésa es una rampa descendente que el ensayista William Pfaff denuncia desde hace veinte años.

- La Unión Europea seguirá avanzando, lenta pero incesantemente. Europa establecerá antes o después una política de defensa, después de haber avanzado en los últimos años en la unión jurídica y monetaria. Los europeos han de tener una ciudadanía común, que no suprima la de sus Estados.
- La emergencia de China podrá ser equilibrada con la fuerza económica de un Japón en trance de recuperación y el surgimiento de la Unión India, una república democrática. La apertura política de China no parece inspirar confianza en el corto y medio plazo: no ya por amenazas como las de Tíbet, Taiwán o Corea del Norte, sino por las dificultades internas en las que política y economía se mezclan constantemente.
- La falta de dirección del mundo árabe, privado de unidad, mantendrá en la ineficacia a la región si no aparece algún factor, hoy desconocido, que promueva su integración. La adscripción geográfica de las grandes religiones no parece ser ya un hecho discutible.
- La evolución del mundo posindustrial y sus respuestas al destroz

del medio ambiente causado por las empresas petroleras, carboneras y madereras puede ser decisiva en los próximos diez años. La Unión Europea ha adelantado en este ámbito a Estados Unidos. La política de Washington, poco respetuosa hacia las generaciones futuras, tiende poco a poco a cambiar. Los países árabes venderán petróleo y gas mientras el mercado, no sólo europeo o americano, lo demande.

- Un asunto que interesa a los europeos en general: después de una etapa de evolución democrática, la construcción de instituciones y cuerpos intermedios tenderá a liberar a los países latinoamericanos de las nuevas amenazas de decadencia económica, que llevaría inmediatamente al deterioro político. La estabilidad del continente, desde el sur de Estados Unidos al estrecho de Magallanes, es vital para el desarrollo español: Brasil puede alzarse como gran líder suramericano y convertirse en un aliado estratégico de la Unión Europea. La fuerza potencial de Brasil puede constituir un polo de atracción global para las inversiones económicas y las alianzas políticas.

Éste es un esquema posible y realista, que apunta hacia un mundo multipolar, con una potencia dominante quizá durante largos años, pero en el que una serie de fuerzas pactan con ella y entre sí relaciones multilaterales, más seguras que la hegemonía absoluta, simulada tras la crisis del 11-S. El buen sentido tiende a imponerse con una fuerza y una tenacidad frecuentemente insospechadas.